

ENRIQUE EN SU TIEMPO LIBRE

Aniceto López Fernández

Académico Numerario

Desde mi adolescencia los apellidos Aguilar Gavilán me han sido conocidos, no en vano recuerdo a Pepe Aguilar, hermano de Enrique, entrenándose a baloncesto mientras yo jugaba con mis amigos al fútbol en los Salesianos. Después coincidimos en la carrera siendo compañeros de promoción.

Pasé una parte de mi vida sin conocer a Enrique por razones de diferencia de edad —él seis años mayor—, de estudios —él Letras y yo de Ciencias— la ausencia de coincidencias y otras razones, hicieron que no le conociera personalmente hasta el comienzo del presente siglo, aunque naturalmente sabía de su trayectoria universitaria, sobre todo a partir de que formara parte del equipo rectoral de mi querido profesor y entrañable amigo Eugenio Domínguez. Fue precisamente en Fuengirola, lugar de veraneo de ambos, donde a menudo le solía ver corriendo por el paseo marítimo, y donde también pasaba los veranos un amigo común, Rafael Cabrera, que fue quien nos presentó extrañado de que antes no compartiésemos amistad, dada nuestra común ascendencia universitaria. Desde entonces Enrique y yo llegamos a trabar una gran amistad que nos unió fuertemente, que se extendió incluso al ámbito familiar y que llegó a marcar mi vida. De manera que empezamos a compartir tiempo libre durante los veranos en la citada localidad malagueña y también durante el resto del año en Córdoba, en especial los jueves con motivo de las sesiones académicas y los viernes o sábados por la noche con el grupo de amigos al que pronto me incorporó.

A la hora de mirar por el espejo retrovisor de la vida caes en la cuenta de la multitud de momentos compartidos, de experiencias comunes, de conversaciones mantenidas, discrepancias, anécdotas, celebraciones familiares, viajes, etc. que juntos vivimos bajo el prisma de un afecto mutuo. Voy a entresacar de todo ello algunas de las situaciones que ahora me vienen a la memoria, muchas de ellas divertidas porque Enrique era una persona muy divertida y con gran sentido del humor.

Entre sus aficiones veraniegas y mañaneras estaba la pesca. A menudo si el tiempo lo permitía salíamos a navegar y con suerte a pescar en una embarcación de la que yo disponía en el puerto de Fuengirola. Enrique era un buen pescador, no se le resistían las caballas ni los jureles, disfrutaba con sus voraces picadas. Fueron muchas las anécdotas que sucedieron, unas agradables otras jocosas pero que sería prolijo relatar aquí.

Enrique era muy ameno y alegre en las celebraciones, fiestas o reuniones de amigos. A menudo se convertía en el alma de la reunión. Su conversación era animada, sus conocimientos amplios, por ello fue llamado a participar en numerosos actos incluyendo programas radiofónicos o televisados de opinión. Era monárquico diría que de nacimiento.

En la Feria de Córdoba, en las casetas que frecuentábamos, era el primero en bailar sevillanas, sacando a esta o aquella señora del grupo para que formase pareja con él. No gustaba de montar a caballo pero sí en coches de caballos de amigos.

Particular referencia haré a las fiestas nocturnas que en verano organizaba en su chalet nuestro común amigo Rafael Cabrera, inolvidables, que Enrique amenizaba con la guitarra y con su potente voz, que nos recordaba canciones de juventud, muchas de ellas las aprendió cuando de muy joven formaba parte del grupo musical «Los Kiovas».

Asistió a celebraciones como las bodas de todos mis hijos, lo cual me honra, y a muchas otras celebraciones familiares, incluso cuando su movilidad estaba muy comprometida.

Eran también muy amenas las reuniones que manteníamos en verano a mediodía en el chiringuito Juan Playa, adonde llegaba a diario sobre la una de la tarde tras pasear un trecho por la orilla del mar en bañador, camisa al hombro y con las chanclas en la mano. El pasaba el mes de agosto en un piso de los Girolamar, a poca distancia de dicho bar. La conversación era animada ante una cerveza o una copa de vino con la participación casi todos los días de Miguel Mingorance, Manolo Pineda, Eduardo Baena, Rafael Cabrera y ocasionalmente algún otro amigo de Fuengirola.

De otro lado, Enrique dedicaba tiempo al fútbol. Durante unos años fuimos socios del Córdoba y asistíamos los días de partido, junto a su gran amigo Gabriel Calderón, Celedonio Padilla y Milagrosa, mi esposa, al Nuevo Arcángel. Era muy apasionado y sufría mucho cuando las cosas no le iban bien a su equipo.

Otra parte significativa de su tiempo libre la dedicó a viajar, unas veces por motivos profesionales, incluso cuando tuvo el cargo de Secretario

General de la Universidad, y otras por conocer mundo. Visitó Kuwait, Italia, Portugal, Francia, Estados Unidos, etc.

Realizamos algunos viajes juntos que no olvidaré. Un recuerdo muy especial guardo del que hicimos a la Toscana. En él participaron también sus hermanos Pepe y Paqui con sus respectivas parejas. Enrique se defendía bien en italiano, de hecho cursó este idioma en el Instituto en su adolescencia. Fueron unos días entrañables los que vivimos en la capital de dicha región, Florencia. Anduvimos por sus calles, museos y monumentos. Era obligado cada día, porque el hotel donde nos alojábamos no era céntrico, el caminar por la ribera del Arno, en su transcurrir hacia el mar de Liguria, hasta alcanzar el Ponte Vecchio y entretenernos en sus tiendas. La visita a la Galería de los Uffizi fue emocionante, Boticelli o Da Vinci llenaron nuestros corazones, al igual que la contemplación del David en la Galería de la Academia, el Duomo y el Campanile de Giotto desde donde Galileo realizó algunas de las observaciones y descubrimientos astronómicos con sus telescopios. También nos desplazamos, tras organización por Enrique, a las ciudades medievales de Sangimignano y Siena, que nos encantaron. Fueron días de convivencia intensa, de poco dormir y de pasar todo el tiempo juntos.

A pesar del cansancio acumulado durante esas jornadas tan activas, una vez llegados al hotel ya entrada la noche, los dos solos nos tomábamos un refrigerio en el bar, lo que nos servía de excusa para conversar tranquilamente, comentar lo sucedido y planificar el día siguiente.

Durante un tiempo, él antes que yo, fuimos socios de la caseta «Vuelva Vd. mañana», integrada fundamentalmente pero no de forma exclusiva por personal de educación, cuyo presidente era por aquel entonces nuestro común amigo Joaquín Portal, un hombre entrañable. Las excursiones guiadas eran frecuentes. Tengo en mi memoria unas que yo mismo organicé a Riotinto en 2005 que incluía la visita al museo minero, el montarnos al tren inglés y disfrutar de los extraños y excepcionales paisajes de esa zona minera tan antigua. La otra, algún tiempo después, fue a Santa María de Trassierra donde visitamos la Iglesia, que es exactamente igual arquitectónicamente a la de Santiago en Lucena, la Fuente del Elefante, los baños de Popea, etc., un área muy conocida por mí por haber investigado en ella y realizado algunas publicaciones. En estas y otras excursiones pasábamos unos momentos inolvidables, como cuando Enrique tomaba el micrófono del autocar y se dirigía a los asistentes con esa gracia, sonrisa e ironía que le caracterizaba diciendo: «Interpretando el sentir de nuestro Presidente...», o «Con el verbo cálido de nuestro querido Presidente», etc.

También cuando nos despedíamos después de dar por finalizada cualquier reunión él siempre decía: «Me voy con mi seráfica esposa...».

Con nuestra Academia compartimos viaje a Toledo, a principios de la segunda década de este siglo, donde tuvimos una sesión de trabajo con la Academia de esa ciudad. Cursamos diversas visitas, incluida la Catedral Primada donde asistimos a una espectacular «Batalla de Órganos» que nos trasladó a tiempos pretéritos.

También por esa época programamos un viaje a París, un viaje para nosotros, mi esposa y yo, dado que Enrique y María José ya se encontraban allí dando unos cursos en la antigua Universidad de París 7 (Diderot). Cuando llegamos al Charles de Gaulle ya se encontraba allí esperándonos para trasladarnos hasta el hotel y en los días siguientes Enrique se dedicó a enseñarnos un París distinto del que conocíamos de un viaje anterior en 1990.

Enrique, que discutía con Bartolomé Valle sobre este asunto, presumía de conocer muy bien París, incluidos los medios de transporte subterráneos. Algunas veces cenábamos en sitios muy conocidos como el *Pied de Cochon* o *Le Procope*, otras comíamos en Bistros típicos de comida casera. Él tenía buen apetito y además no era delicado, salvo con las lentejas que no podía ni verlas debido a un incidente que tuvo con ellas de pequeño.

En París siempre se hospedaba en la Casa de España y por aquella época hacía deporte en el cercano *Parc Montsouris*. En todos estos viajes relatados nuestro querido amigo aún se encontraba bien.

En 2015 ambos, al igual que otros académicos, nos hospedamos en la citada Casa de España, entonces regida por Juan Ojeda, con motivo de un viaje de nuestra Academia para asistir a unas Jornadas conjuntas con la Academia de las Ciencias de París. Las comunicaciones hispano-galas que se presentaron tuvieron un buen nivel científico y fueron recogidas después en un volumen específico. Corría el mes de septiembre del año citado y ya a Enrique se le notaba cierta dificultad para caminar, que meses antes cuando aún estaba en Córdoba y en el verano vacacional en Fuengirola no era tan intensa, salvo algún incidente aislado.

A partir de entonces Enrique se vio obligado a limitar su actividad, ya no podía correr que era su manera de practicar deporte y progresivamente tuvo que ir dejando de hacer cosas. Como contrapunto gozó de una particular alegría en 2016 cuando fue galardonado como Cordobés del Año, que dedicó a su esposa, a sus hijos y nietos, a los amigos y a su Alma Mater.

La silla de ruedas se convirtió en su vehículo y Eduardo cada vez más en su cuidador perenne. En silla de ruedas iba a la Facultad a dar sus clases. El accidente que tuvo al caerse de la silla cuando salía del Real Círculo de la Amistad, del que era socio activo, le costó la fractura del húmero izquierdo con algunas complicaciones tras la operación. No obstante, su círculo más íntimo de amigos seguimos saliendo con él los fines de semana a cenar y compartir conversaciones, hasta que el avance de la enfermedad le impidió salir de casa.

Cuando le vi por última vez cuando solo podía mover los ojos, a través de una voz femenina del ordenador que leía su mirada me dijo: «Aniceto, mira ahora como hablo».

Pocos días después el 16 de febrero de 2020 la ELA, contra la que luchó de manera implacable y con tremenda entereza durante cinco largos años, se lo llevó para siempre.

Descansa en paz, querido gran amigo.